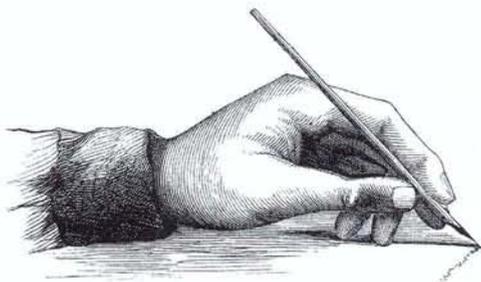


¿Y QUIÉNES SON LOS DOCENTES?

Notas para establecer una agenda de los problemas de la docencia universitaria



David Navarro*
Lic. Lingüística y Literatura



Quiero acá partiendo de un compromiso que hice con un grupo de docentes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, adelantar algunas reflexiones sobre algunos tópicos del ejercicio de la docencia. Las reflexiones las presento teniendo como referentes un par de conferencias que el profesor Rafael Porlán ofreció en la Universidad a fines del año pasado y sobre lo que ha sido mi experiencia de *estudiante* y de profesor. No quieren ser ellas las únicas, ni mucho menos. Pretendo sí; advertir sobre una

serie de imaginarios docentes que yo creo nocivos para la práctica de la enseñanza hoy. Lo que muestro hace parte del mundo de la universidad, y por eso creo pertinente expresar que lo que aquí se diga tiene implicaciones para este nivel de educación, sin perjuicio de que también sea viable en otros niveles de escolaridad.

I



Hasta no hace mucho - y todavía algunos así lo conciben -, la figura del docente se proyectaba como algo infalible. Como correlato, se incubó aquella visión de la docencia donde el profesor es representado como la figura que debe tener una respuesta a todas las preguntas de los estudiantes. A la sombra de esta representación, los estudiantes y lo peor, también los profesores, creyeron tener una respuesta para todo. Pero hoy sabemos que muchas de esas respuestas estaban contruidas sobre mentiras. Recordando algunos de esos episodios, ahora muchos pueden ver cuántas mentiras escucharon en su época de estudiante. Por supuesto, existían unas condiciones culturales que no permiti-

tían que el docente se inhibiera de dar la respuesta esperada por el estudiante; o que simplemente expresara que no tenía una.

Pero aún hoy, los docentes no acaban de entender que ellos no están para ofrecer una respuesta a cada pregunta de los estudiantes, sino para generarles interrogantes, para propiciar la innovación, la aventura y nuevas formas de asumir el aprendizaje. Esto es tanto más válido en la actualidad pues muchas respuestas las puede encontrar mejor el estudiante en los libros. Habría que mencionar además las posibilidades que abre hoy la red internet para acceder a nuevas respuestas y las herramientas computacionales que vienen propiciando la llamada *interactividad*.

* Secretario Académico de la Facultad Tecnológica. Profesor de la Universidad Autónoma de Colombia.



Sobre el conocimiento también prevalecen todavía esquemas mentales de los profesores que resultan desalentadores. Desde el punto de vista de la epistemología, hoy el conocimiento no se asume como un proceso acumulativo, sino como una red. Es decir, no se puede seguir concibiendo el conocimiento como un archipiélago, donde cada docente hace usufructo de una isla sin articularla a todo el territorio en su conjunto. Es la premisa desde la cual se podría construir la tantas veces llevada y traída formación integral de los estudiantes.

Pero además el problema de asumir el conocimiento como algo acumulativo, presenta todavía más dificultades pues los docentes se preguntan poco sobre el perfil académico que podrían tener sus estudiantes. Esto es tan evidente, que me atrevería a decir que son poquísimos los profesores que conocen a ciencia cierta cuál es el currículo de las carreras donde ejercen la docencia. En estas condiciones *los marcos de referencia se difuminan interminablemente* y resultan prodigándole al estudiante mayores confusiones que las que de por sí adquiere en la

Universidad. Se podría pensar que esto atenta contra la libertad de cátedra. Sin embargo, la realidad creo que demuestra con creces que no es así. Por ejemplo, las matemáticas no pueden ser las mismas en todas las Universidades donde ejercen, pues sencillamente son programas y universidades que propician la formación de un profesional con un perfil o identidad propia. Por ello seguir insistiendo en esos enfoques podrá ser bueno para resolver la escasez de tiempo que tienen para preparar las cátedras, pero en modo alguno es lo viable académicamente hablando. La consecuencia como ya se dijo, ha sido la disociación del conocimiento.

III



El ejercicio docente también se desarrolla bajo una ambigüedad mutilante, pues el docente cree intrascendente tener una respuesta sobre la lógica que debe primar en su práctica: la lógica del cómo (pedagogía) o la lógica del qué (la disciplina científica sobre la que tiene conocimientos). Pero también se desconocen o se soslayan los problemas potenciales que se generan en el aula. Es decir, no se tiene en cuenta que cada sesión es necesariamente diferente y en consecuencia no se hace el esfuerzo por *transformar las rutinas, guiones y esquemas mentales* con los que regularmente los profesores se acercan al aula. Esto se hace más complicado pues muchos docentes realizan su labor profesional bajo una premisa falsa: ¿sí siempre lo he hecho así y me ha dado resultado por qué tengo que cambiar?

En consecuencia, los docentes poco se interrogan sobre el cómo de su práctica docente. Por lo regular piensan en el ejercicio de la docencia como un proceso de una sola vía en donde él desempeña el papel esencial. Otros lo conciben como un proceso de doble vía donde el estudiante también debe tener intervención. Pero aún en esta visión el centro del proceso sigue siendo él. Los estudiantes son un complemento sin mayor trascendencia. Aún en el caso de que este esquema tenga cierto éxito resulta todavía incompleto. El caso es que no se tiene en cuenta el contexto del aula. En este sentido habría que reconocer que *en el proceso de enseñanza se activa más bien un esquema triangular: profesor, estudiante y contexto del aula.*

¿Cómo concebir en todo caso, la enseñanza? La pregunta no tiene una respuesta. La verdad es que debería tener tantas como auditorios, laboratorios, talleres o seminarios tenga el docente. En principio, esto parecería descansar sobre la existen-



cia de los llamados modelos y corrientes pedagógicas. Pero la verdad dudo que sea así. Resulta por ello oportuno referirse sobre el particular. Se tiene la creencia de que los docentes de profesión conocen modelos y corrientes pedagógicas y por eso mismo parecería que tienen mejor disponibilidad de registrar qué problemas y dificultades se presentan en el aprendizaje y por qué. No obstante, la experiencia indica que el proceso no es así de lineal como algunos lo quieren mostrar. A este respecto, resulta curioso por qué muchos licenciados son cuestionados en su manera de orientar o conducir sus sesiones de clases y otros profesores que no lo son de profesión, tienen mayor aceptación en su ejercicio docente. Naturalmente, habrá muchas explicaciones y sobre todo justificaciones, pero no deja de ser sintomático para registrar qué no basta con conocer de corrientes y modelos pedagógicos. Se necesita de algo más y ahí está el problema a despejar.

Creo que el camino podría estar en derrumbar los prejuicios y hábitos que tiene cada disciplina en la manera de abordar el conocimiento. Lo más usual es que cada disciplina tiene un constructo que resulta indispensable que los estudiantes lo apropien. La dificultad está en que *por lo regular ese constructo se presenta como un cuerpo de conocimientos y de prácticas muertas y el profesor no se da lugar para re-crearlo y mucho menos a sus estudiantes.* Aparte de esto, a la sombra de algunas corrientes pedagógicas se han estigmatizado algunos elementos del aprendizaje que son importantes y en algunas disciplinas resultan ineludibles para la comprensión. Me refiero por ejemplo, a un elemento como la memoria. Hoy hablar de ella para algunos profesores resulta una herejía o por lo menos una posición fuera de lugar. A pesar de ello, nadie en sano juicio puede negar el papel indispensable que desempeña para el aprendizaje de algunas disciplinas. Adicionalmente la práctica docente se sigue dirigiendo más a cultivar en los estudiantes la figura del

genio; la figura del sabio¹ que a todo tiene una respuesta, desconociendo o subestimando precisamente a los estudiantes que justifican su razón de ser en el aula: los estudiantes que por no ser sabios ni genios necesitan ayuda de él.

IV



Creo percibir que el colombiano se enorgullece de ser buen conversador. No obstante, el profesor colombiano para el caso de su práctica docente, escogió quizás el modelo conversacional más pernicioso de nuestra sociedad: aquél en donde el emisor se toma la palabra y no deja hablar a su interlocutor. Es el cuadro más usual que aún hoy encontramos en las aulas universitarias. Un señor que más parece un proscrito en trance de conseguir adeptos, que un académico en búsqueda del diálogo y de estimular la pasión por el saber. En el caso de las ciencias humanas, este caso resulta más patético, pues por lo regular se acompaña de un retrato bastante deprimente y desolador: el profesor sentado cruzado de piernas muy orondo y suficiente hablándole a un auditorio muerto de estudiantes. En estas condiciones, la Universidad prácticamente se ha convertido en reproductora de los problemas de comunicación que hoy tienen a la sociedad colombiana en el diálogo de sordos que todos conocemos.

V



La comunicación precaria de la práctica docente no es sólo una dificultad para la interpelación del estudiante, lo es más para pensar los problemas que plantea cada área del conocimiento. En este sentido, lo que resulta desestimulante es la cantidad de *lugares comunes que abundan en los espacios universitarios* y un modo de razonar que francamente parece más el de tenderos que el de profesores y estudiantes

¹ Aparte de que este enfoque de la docencia resulta en mi opinión inadecuado, tengo la impresión de que salvo pocas excepciones; la mayoría de esos genios y sabios resultan poco útiles para la sociedad donde se forjan y en cambio muy rentables para los intereses privados, con todos los problemas que por lo general esto tiene para el bien común.

en la búsqueda de nuevos enfoques y miradas de la realidad científica, social, espiritual o artística. Pero que le vamos a hacer. Es el precio que pagan docentes a la falta de hábitos de lectura y escritura. Ya se sabe, muchos profesionales de este país nunca leyeron un libro completo en su carrera y se graduaron con honores como diestros lectores de fotocopias. La competencia lingüística ha resultado así la más damnificada, en un país que tuvo - ¿o tiene aún? - fama de contar con excelentes escritores en el continente y de tener entre los suyos a ilustres estudiosos de la lengua.

VI



El docente actual también parece mostrar un desfase con los estudiantes que trata. Como es conocido, trabajamos con eso que se ha dado en llamar *generación X*², la cual maneja una jerga propia y una cadena de afectos a los que el profesor debería acercarse. No obstante, el camino en algunos casos ha sido el de alejarse de ese mundo. Una buena cantidad de profesores ha escogido entrar a él. Quienes han asumido este último camino parecen querer hacerse amigos de los estudiantes. Ni más faltaba que los profesores no pudieran serlo, más cuando viene vinculándose a las universidades una nueva generación de profesores jóvenes que en muchos casos lo son más que sus estudiantes. No obstante, se percibe en el ambiente cierta tendencia a dejar las exigencias académicas a un lado, envolviendo ciertas debilidades profesionales bajo la sombra del afecto. De todas formas, quizás lo más importante de acercarse a esta nueva generación es *contemporizar* con el imaginario de ésta articulándolo al discurso pedagógico del aula

² Esta es la denominación que con ligereza ya se echó a rodar para designar a nuestros adolescentes y jóvenes de hoy, acogiendo; como a menudo nos sucede, una expresión que en U.S.A. se ha establecido para designar a sus adolescentes y jóvenes. Sin embargo, en rigor sería más apropiado denominar a nuestra generación actual, como la *generación NN*.³